

A continuación encontrarás una muestra del libro  
«Temperamentos transformados» del autor Tim Lahaye.

Puedes adquirir el libro aquí:  
<https://www.editorialunilit.com/temperamentos-transformados-favoritos>

Para mayor información puedes comunicarte con nosotros  
por el correo [info@editorialunilit.com](mailto:info@editorialunilit.com)





# TEMPERAMENTOS TRANSFORMADOS

FORTALEZA PARA CADA DIFICULTAD

## TIM LAHAYE



# CONTENIDO

## PREFACIO

<b>CAPITULO 1</b>	<b>EL NACIMIENTO DE "CUATRO TEMPERA- MENTOS" . . . . .</b>	<b>11</b>
<b>CAPITULO 2</b>	<b>LA PLAGA DEL FREUDIANISMO . . . . .</b>	<b>19</b>
<b>CAPITULO 3</b>	<b>USO Y ABUSO DEL METODO . . . . .</b>	<b>25</b>
	<b>Conozcamos nuestro     temperamento . . . . .</b>	<b>29</b>
	<b>Diagrama de los     temperamentos . . . . .</b>	<b>31</b>
	<b>Madurez espiritual . . . . .</b>	<b>32</b>
<b>CAPITULO 4</b>	<b>PEDRO EL SANGUINEO . .</b>	<b>41</b>
	<b>Impulsivo . . . . .</b>	<b>44</b>
	<b>Sin inhibiciones . . . . .</b>	<b>50</b>
	<b>Franco . . . . .</b>	<b>51</b>
	<b>Egoísta . . . . .</b>	<b>53</b>
	<b>Buscador de lo suyo . . . .</b>	<b>56</b>
	<b>Jactancioso . . . . .</b>	<b>57</b>
	<b>Débil de carácter . . . . .</b>	<b>58</b>
	<b>La negación de Pedro . . .</b>	<b>60</b>
	<b>La inconsecuencia     de Simón . . . . .</b>	<b>65</b>
	<b>La plenitud del     Espíritu Santo . . . . .</b>	<b>67</b>
	<b>La consecuencia de     Pedro . . . . .</b>	<b>70</b>
	<b>El coraje de Pedro . . . . .</b>	<b>72</b>

	La sabiduría de Pedro . . .	75
	El gozo de Pedro . . . . .	78
	La humildad de Pedro . . .	79
	La vida de oración de Pedro . . . . .	80
	El amor de Pedro . . . . .	81
	La gentileza de Pedro. . . .	82
	La fe de Pedro . . . . .	83
	La paciencia de Pedro . . .	84
	El liderazgo de Pedro. . . .	85
	El traspie de Pedro . . . . .	87
	La madurez de Pedro. . . .	88
<b>CAPITULO 5</b>	<b>PABLO EL COLERICO . . .</b>	<b>91</b>
	Cruel . . . . .	93
	De voluntad recia . . . . .	96
	Hostil . . . . .	103
	Autosuficiente . . . . .	106
	Dinámico. . . . .	109
	Práctico. . . . .	111
	Cruzado . . . . .	114
	Polemista. . . . .	116
	La motivación de Pablo . .	117
	La transformación de Pablo . . . . .	126
<b>CAPITULO 6</b>	<b>MOISES EL MELAN-</b>	
	<b>COLICO . . . . .</b>	<b>141</b>
	Talento . . . . .	143
	Abnegado . . . . .	145
	Desestimado . . . . .	147
	El enojo de Moisés . . . . .	158
	La depresión de Moisés . .	162

	El perfeccionismo de Moisés. . . . .	164
	La lealtad de Moisés . . . .	167
<b>CAPITULO 7</b>	<b>ABRAHAM EL</b>	
	<b>FLEMATICO. . . . .</b>	<b>171</b>
	Cauteloso . . . . .	179
	Pacífico . . . . .	182
	Confiable . . . . .	185
	Pasivo. . . . .	188
	Temeroso . . . . .	190
	La transformación de Abraham . . . . .	194
<b>CAPITULO 8</b>	<b>EL ANDAR</b>	
	<b>TRANSFORMADO . . . .</b>	<b>197</b>
	Cómo ser llenos del Espíritu Santo . . . . .	198
	Cómo andar en el Espíritu . . . . .	206

## CAPITULO I

# EL NACIMIENTO DE "CUATRO TEMPERAMENTOS"

Es frecuente atribuirle a Hipócrates (460-370 a. de J.C.) el título de Padre de la Medicina; no hay duda de que fue uno de los grandes entre los grandes del mundo médico griego. Nos interesa por dos razones: 1. se le acredita el haber incorporado la siquiatria al ámbito de la medicina; 2. reconoció la existencia de diferencias temperamentales en las personas y lanzó una teoría para explicar esas diferencias. E. Baughman y George Welsh evaluaron su contribución de la siguiente manera:

“El mundo antiguo era consciente de crasas y evidentes anormalidades en el comportamiento, pero las atribuyó a la intervención de los dioses y por ello no las estudió objetivamente. Pero Hipócrates se opuso a lo sobrenatural, se inclinó por una orientación biológica y desarrolló una aproximación empírica a la sicopatología. Sin duda su mayor mérito estriba en su penetrante poder de observación y en su capacidad para registrar científicamente tanto sus observaciones como las conclusiones que su clara inteligencia le permitía sacar. Tanto es así que muchas de sus descripciones de los fenó-

menos sicopatológicos mantienen su vigencia y merecen la aprobación de los clínicos de hoy. Hipócrates, pues, fue el creador del método de la observación de la personalidad anormal que, con el tiempo, habría de aplicarse a la personalidad normal.

“Es digno de mención el interés que demostró Hipócrates por las características temperamentales, sobre todo a la luz del relativo abandono de este importante problema en los círculos psicológicos actuales. Como resultado de sus observaciones, Hipócrates distinguió cuatro temperamentos: el sanguíneo, el melancólico, el colérico y el flemático. Los temperamentos dependían, según Hipócrates, de los “humores” del cuerpo de la persona: sangre, bilis negra, bilis amarilla y flema. De esa manera Hipócrates inició su tarea observando las diferencias en el comportamiento y formuló su teoría para explicar esas diferencias. Esencialmente la teoría se basó en la bioquímica, pero aún cuando sustancialmente se la desecha en ese aspecto, su forma se mantiene intacta. Hoy, en lugar de “humores” hablamos de hormonas, y otras sustancias bioquímicas que pueden inducir o afectar el comportamiento que observamos”.<sup>1</sup>

Muy poco hicieron los romanos en la esfera de las creaciones intelectuales, y se contentaron con perpetuar los conceptos de los griegos. Un siglo después que el emperador romano Constantino declaró al cristianismo como la religión del estado, en el año 312 d. de J.C., el imperio se derrumbó hundiéndose en el oscurantismo de la Edad Media. Por consiguiente fueron escasas las alternativas sugeridas a los conceptos de Hipó-

crates, hasta la llegada del siglo XIX. Tan poco es lo que se avanzó en los estudios sobre la personalidad, que cuando Galeno reavivó el concepto en el siglo XVII, un escritor moderno, H. J. Eysenck<sup>2</sup>, se lo atribuyó a Galeno y no a Hipócrates.

En Europa el hombre que mayor influencia ejerció para popularizar el concepto de los cuatro temperamentos fue el filósofo alemán Manuel Kant. Si bien incompleta, la descripción que hizo Kant sobre los cuatro temperamentos, en 1798, fue interesantísima. "El sanguíneo es un hombre sin cuidados y pletórico de esperanzas; le atribuye gran importancia a lo que hace en un determinado momento, pero puede olvidarlo al instante. Tiene toda la intención de guardar sus promesas pero no lo hace porque nunca toma demasiado en serio el ayudar a los demás, y es un mal deudor que siempre solicita un nuevo plazo para pagar lo que debe. Es muy sociable, dado a las jugarretas, contento, no toma nada en serio y cuenta con una legión de amigos. No es ni vicioso ni depravado, pero resulta difícil convertirlo de sus pecados; puede arrepentirse, pero olvida pronto esa contrición pues nunca adquiere un verdadero sentido de culpabilidad. El trabajo lo cansa y lo aburre fácilmente y sus actividades no pasan de ser meros juegos que lo obligan a cambiar constantemente. La persistencia no es su fuerte.

"Las personas con tendencias melancólicas atribuyen gran importancia a todo lo que les concierne a ellos mismos. En todo descubren causas de ansiedad y la dificultad es lo primero que observan en una situación dada, que es lo



opuesto a los sanguíneos.

“No promete nada livianamente porque insiste en guardar su palabra, pero tiene que considerar si podrá cumplirla o no. Todo esto no se origina por consideraciones de orden moral sino porque sus relaciones con los demás lo preocupan y es suspicaz al extremo. No es de extrañar que no sea feliz.

“Del colérico se dice que es un exaltado, que se enoja a la menor provocación, pero que se calma fácilmente si su oponente cede; se fastidia fácilmente pero no guarda rencor. Rápido para toda actividad pero no es persistente. Siempre ocupado, pero no le gusta estarlo precisamente por su falta de persistencia; prefiere dar órdenes pero no quiere molestarse en cumplir órdenes dadas por otros. Le gusta que lo alaben públicamente pues le encanta que le reconozcan sus méritos. Se deleita con las apariencias, la pompa y la formalidad; rebosa de orgullo y de amor propio. Es mezquino; cortés pero ceremonioso; sufre lo indecible cuando los demás se niegan a aceptar sus pretensiones. En pocas palabras, el temperamento colérico es el menos feliz de todos, porque es el que más oposición provoca.

“Flema significa déficit emocional pero no haragancía; no es dado ni a lo rápido ni a lo fácil pero sí a lo persistente. Entra en calor lentamente, pero lo retienen más tiempo. Actúa basado en principios y no en instintos; su temperamento feliz puede suplir su falta de sagacidad o de sabiduría. Es razonable en su trato con los demás y logra lo que quiere al persistir en sus objetivos al par que parece ceder ante los

otros".<sup>3</sup>

Al finalizar el siglo XIX el estudio del comportamiento humano recibió un nuevo ímpetu con el nacimiento de la ciencia de la psicología. "Los departamentos universitarios consideran que la fundación del Laboratorio de Psicología Experimental de Wundt en la Universidad de Leipzig en 1879 marca el comienzo de esta disciplina".<sup>4</sup> Es probable que el Dr. Wundt fuera influenciado por Kant, pues él también se aferró a la teoría de los cuatro temperamentos del comportamiento humano. Ejecutó exhaustivos experimentos en procura de relacionar estos temperamentos con la estructura corporal, lo cual llevó a la psicología constitucional, es decir atribuir los rasgos del hombre a la estructura del cuerpo. Este concepto, que contó con numerosos adherentes, finalmente redujo a tres el número de tipos. Algunos investigadores contemporáneos, pertenecientes a esa escuela han reducido el número a dos, que tiende a seguir la popularizada clasificación entre introvertidos y extrovertidos.

Casi al final del siglo pasado, Sigmund Freud dio un golpe devastador a la teoría de los cuatro temperamentos. Sus investigaciones y teorizaciones sobre el psicoanálisis tuvo un efecto electrificante en el estudio de la personalidad. "Al implementar un punto de vista totalmente determinista. . ." <sup>5</sup> Freud y sus colaboradores reflejaron su obsesión con la idea de que es el medio ambiente del hombre el que determina su comportamiento.

Esta idea, diametralmente opuesta a la teología cristiana, minó seriamente a la sociedad

occidental. En lugar de hacer responsable al hombre por su propio comportamiento, le da un chivo expiatorio para cargarle la culpa de su mal comportamiento. Si roba, los *conductistas* culpan a la sociedad porque él carece de las cosas que necesita. Si es pobre, culpan a la sociedad por no darle una vocación. Este concepto *conductista* no sólo ha debilitado el innato sentido de responsabilidad del hombre, sino que también ha desacreditado la eficaz teoría de los cuatro temperamentos. Pero si se logra establecer que el hombre hereda al nacer ciertos rasgos temperamentales, la teoría del medio ambiente se derrumbará estrepitosamente.

Durante la primera mitad del siglo XX la mayoría de los cristianos sufrían de un complejo de inferioridad intelectual. Los grupos intelectuales propagaban a los cuatro vientos que la teoría de la evolución era un "hecho" incontrovertible. Los siquiátras y los sicólogos erigieron el trono académico ante el cual inclinaban sus cabezas los intelectuales. Algunos, aduciendo hablar en nombre de la "ciencia", ridiculizaron la Biblia, la deidad de Cristo, el pecado, la culpa, y la existencia de un Dios personal. Muchos cristianos trataron de adaptar los conceptos bíblicos a los conceptos evolucionistas de la "ciencia moderna". Este maridaje cooperó en dar a luz el liberalismo teológico, el modernismo, la neo-ortodoxia y una iglesia derrengada. Muchos cristianos se mantuvieron fieles a Dios y a la Biblia durante esos penosos años, pero mantuvieron un raro silencio. Y unos pocos valientes estuvieron a la altura de las circunstancias preparados y deseosos de en-

frentar a los intelectuales en franco combate.

Hoy la marea está en reflujo. La teoría de la evolución, prominente piedra angular de la ciencia de la siquiatria y de la sicología, se resquebraja por el concienzudo análisis de los científicos. Numerosos siquiатras y sicólogos están desencantados con la sicología freudiana y el *conductismo*. Medio siglo de observaciones confirman la habilidad de Freud para diagnosticar problemas de la personalidad, pero cuestionan su posibilidad de curar a los enfermos. Y algunos llegan a responsabilizar al hombre por su comportamiento, tal cual lo enseña la Biblia.\*

Durante la primera mitad de este siglo, solamente dos escritores cristianos escribieron sobre los cuatro temperamentos. Ambos eran europeos pero sus trabajos fueron profusamente distribuidos en los Estados Unidos.

El gran predicador y teólogo inglés, Alexander Whyte (1836-1921) escribió una breve obra sobre los cuatro temperamentos. Está incluida en su *Treasury of Alexander Whyte* (Tesoro de Alexander Whyte). Quien lea su magistral obra *Bible Characters* (Zondervan) jamás podrá dudar de que era un estudioso de los temperamentos.

La obra más significativa que conozco sobre los cuatro temperamentos es el libro de O. Hallesby *Temperament and the Christian Faith* (Temperamento y fe cristiana). Publicado en Noruega, se tradujo al inglés y lo publicó la *Augsburg Publishing House* en 1962. El Dr. Hallesby puso al descubierto los cuatro temperamentos con vívidos detalles. Su propósito fue el de ayudar a los consejeros a reconocer

y a relacionar los cuatro tipos temperamentales. También sugirió posibles remedios para tratar los problemas que caracterizan a cada temperamento.

La lectura de ese libro me inspiró para escribir *El temperamento controlado por el Espíritu*. Como pastor-consejero aumenté mi bagaje de conocimientos con ideas aprendidas del Dr. Hallesby, pero me angustió la desesperada condición que él “dejaba” a las personas de temperamento melancólico. Pensé que de haber sido yo un melancólico no me quedaba más remedio que pegarme un tiro después de leer ese libro. Pero yo sabía que hay un mundo de esperanzas para el melancólico —o para cualquiera de los otros temperamentos— en el poder de Jesucristo. Fue en ese entonces que Dios me abrió los ojos al ministerio del Espíritu Santo en la vida emocional del creyente. Empecé a desarrollar el concepto de que en la plenitud del Espíritu Santo hay una fuerza divina para contrarrestar cada una de las debilidades humanas. Después de cambiar ideas sobre este concepto con centenares de personas y de actuar como consejero de otras tantas, estoy más convencido que nunca de que las nueve características de una vida llena del Espíritu Santo, tal como aparecen descritas en *Gálatas* 5:22-23, contienen una fuerza para cada debilidad de los cuatro temperamentos: “El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley”.